

CAPÍTULO 1

La casa de la reina, el reloj y los Beatles




Una de las grandes ventajas de estar de guardia a primera hora del día durante el verano era la oportunidad de ver el amanecer. Temis se desplazaba cada mañana al aeropuerto en coche con el piloto automático. El amanecer le traía vívidos recuerdos del mar azul de Leme, de los vendedores ambulantes de té helado y *biscoito de polvilho*, el tradicional tentempié playero de Río, de la sensación de la sal en la piel tras un día de sol en la playa y, sobre todo, de aquella atmósfera tan familiar pero tan alejada de su realidad actual. Ahora, con su uniforme de oficial de inmigración y orgullosa de haber llegado hasta allí, encaraba con ilusión su primer día de trabajo. Las seis largas semanas de formación habían terminado y los simulacros con actores durante el curso preparatorio de los oficiales iban a dar paso a situaciones de la vida real con personas reales.

—Buenos días. Voy a ser tu supervisor y mentor durante las próximas semanas —dijo Balder—. Démonos prisa, porque el primer vuelo de este turno está a punto de aterrizar.

Todo parecía bastante tranquilo en aquel momento. Tres oficiales tomaban asiento en puntos fijos donde pasarían la siguiente hora. El jefe de inmigración de turno ya había ocupado su puesto en la «pecera», una suerte de sala de control desde donde





se observaba todo y a todos, y en la que se tomaban decisiones, a veces sumamente difíciles.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en este sector? ¿Por qué has decidido venir al aeropuerto?
—preguntó Balder.

—Empecé a trabajar en inmigración como auxiliar de visados hace cuatro años, pero el trabajo me resultaba monótono, pues me ocupaba solamente del papeleo rutinario, que por sí solo no tiene muchos alicientes —explicó Temis—. Al cabo de cierto tiempo, el proceso se vuelve automático. Necesitaba nuevos estímulos y pensé que trabajar aquí con clientes sería mucho más interesante. Me imagino que todas las dudas sobre el procedimiento pueden aclararse directamente con los pasajeros, en lugar de enviarles cartas solicitando documentación, que era como teníamos que hacerlo cuando examinábamos las solicitudes de visado recibidas por vía telemática o por correo.

—¡Desde luego! —admitió Balder—. A fin de cuentas, ¿qué sentido tiene negar la entrada a un pasajero a distancia? Ah, y que conste que aquí no tratamos con clientes. ¡No prestamos servicio a la gente, sino al gobierno británico! Mira el control de llegada de pasajeros. ¿Qué es lo que ves?



—Pasajeros que llegan de vacaciones, que vienen de viaje de negocios, o a visitar a sus familiares —respondió Temis con una sonrisa nerviosa.


—¡Aquí todo el mundo miente hasta que se demuestre lo contrario! —exclamó Balder, ahora con un semblante más serio—. ¿Ves a aquel pasajero al final del pasillo? Fíjate, está rellenando la tarjeta de llegada. Observa cómo se comporta. Ese pasajero va a ser tu primera denegación de entrada. Qué emocionante, ¿eh?

—¿Qué quieres decir, Balder? —replicó Temis—. Ese chico no ha hecho nada malo. No voy a denegar la entrada a nadie sin razón.

—No ha hecho nada malo... ¡todavía! —dijo Balder en tono burlón—. Ten la seguridad de que aquí no denegamos la entrada a nadie sin motivo. Pronto aprenderás que la clave está en los detalles. Verás que, en este trabajo, las pequeñas cosas son decisivas. Mira a ese tipo, por ejemplo: ya ha tirado al menos media docena de tarjetas de llegada a la papelera. Para la gente «normal», eso tal vez no significa nada, pero para nosotros, las ratas de inmigración, es muy significativo. Está nervioso. Aguarda un momento, no te vayas.

Temis empezó a añorar las cómodas decisiones que tomaba antes, a distancia y sin sufrimiento. Si rechazaba una solicitud de visado, el interesado po-





día presentar otra, o recurrir la decisión. En cambio, ahora... La sala de llegadas estaba llena de gente. Los oficiales en sus puestos visaban enérgicamente los pasaportes de los pasajeros, unos haciéndoles preguntas, otros esperando la asistencia de un intérprete que facilitara la comunicación. Mientras aguardaban su turno, esas personas traían el equipaje lleno de sueños, deseos y ambiciones, junto con la esperanza de una vida mejor lejos de su país de origen, lejos de la localidad que un día fue su hogar.

—Aquí está —dijo Balder con aire de satisfacción, mientras acompañaba al pasajero hasta la mesa de Temis—. Háblale en portugués, porque este hombre no sabe una palabra de inglés.

—¿Cuál es la finalidad de su viaje? —preguntó Temis, mirando a Balder y poco conforme con lo que el supervisor acababa de decir.

—No hablo inglés —respondió el pasajero.

Balder esbozó una sonrisa, pero no dijo nada.

—¿Cuál es la finalidad de su viaje, muchacho? —preguntó Temis educadamente, esta vez en portugués, mientras examinaba el pasaporte.

—Vacaciones —respondió el chico—. Menos mal que habla portugués.

Temis comprobó los datos del pasaporte del pasajero en el sistema de control de fronteras e inmigración y observó que tenía un historial adverso. Eso podía



significar muchas cosas, pero en ese caso había un dato que le llamó la atención. El joven había tenido problemas con una solicitud de visado anterior.

—Pregúntale si le han denegado el visado alguna vez —dijo Balder con impaciencia, mientras terminaba de leer el mensaje de alerta en el sistema—. Apuesto a que lo negará y jurará por lo más sagrado que no sabe de qué le hablas.

El mensaje decía que al pasajero se le había denegado la solicitud de visado de estudiante hacía menos de un mes. Sin embargo, ya no viajaba con el mismo pasaporte que había utilizado en la solicitud anterior, y por lo tanto no había ningún registro de visado en el documento de viaje que presentaba ahora. Era práctica habitual que los oficiales anotaran a mano el número de la solicitud de visado en la última página del pasaporte del solicitante. Si el visado se hubiera denegado, ese número estaría subrayado.

—¡No es posible, Balder! —exclamó Temis. Después miró al pasajero y continuó con el interrogatorio inicial—: ¿Ha tenido alguna vez problemas al solicitar un visado, ya sea para el Reino Unido o cualquier otro país?

—No, nunca —respondió el joven sin parpadear.

—Pregúntale si conoce a alguien aquí —dijo Balder—. Como puedes imaginarte, ya sé cuál va a ser la respuesta.





—¿Conoce a alguien aquí? —preguntó Temis.

—No, no —aseguró el joven—. Solo he venido a pasar unos días de vacaciones.

—¿Y por qué a Inglaterra? —inquirió Temis—. ¿Por qué no ha elegido otro país? ¿Uno en el que se hable un idioma que usted conozca, por ejemplo?

—Pues porque este país es genial y desde niño sueño con viajar aquí —respondió—. Siempre he soñado con ver el reloj y la casa de la reina y también la calle que cruzaron los Beatles.

—Dile que tome asiento, por favor —dijo Balder—. Con el tiempo, verás que el visitante que no dice la verdad suele encajar en este perfil. Para empezar, no sabe nada del lugar de destino. Si sueña con venir aquí desde niño, cabe esperar que al menos sepa que el reloj se llama Big Ben, que la casa de la reina no es una casa y se llama Palacio de Buckingham y que la calle de los Beatles se llama Abbey Road.

—Cálmate, Balder —dijo Temis, tratando de apaciguar la situación—. Eso no lo convierte en un mentiroso, ¿verdad? No le has dado la oportunidad de defenderse.

—Temis, me temo que te vas a llevar una gran decepción con tus congéneres —dijo Balder—. Ese mundo perfecto en el que crees no existe. Desde que me dedico a este trabajo ya no me fío ni de mi propia sombra. Empezarás a entenderlo al final de este



turno, o ¡al menos eso espero! El servicio de inmigración cambiará tu forma de ver las cosas. Habrá un antes y un después. Pero no nos entretengamos. Sigamos con el trabajo. Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Los dos oficiales dejaron al joven en la sala de espera reservada, también llamada la «sartén», mientras hacían sus averiguaciones.

—Vamos a hacer una llamada —sugirió Balder.

—¿A quién? ¿Al Palacio de Buckingham? —preguntó Temis con ironía.

—Veo que tienes sentido del humor —observó Balder—. No, a una persona mucho más interesante.

Balder utilizó el sistema de manos libres para que Temis pudiera oír la conversación. Después de varios tonos de llamada, respondió una mujer.

—Servicio de atención al cliente, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy el oficial Balder y llamo de inmigración. ¿Podría emitir un anuncio por megafonía, por favor?

—Por supuesto —respondió la recepcionista—. ¿Qué debo decir?

—Por favor, pregunte si hay alguien esperando al pasajero Felipe da Silva, que viene en el vuelo PP8084 procedente de São Paulo. Y si aparece alguien, avíseme y me acercaré hasta ahí.

—De acuerdo, señor Balder.





Mientras esperaban la llamada del mostrador de información, los dos oficiales imprimieron toda la información de los antecedentes del pasajero, en particular una copia del formulario de la solicitud de visado de estudiante que había sido denegada y el motivo de la denegación. El pasajero no tenía la menor idea de lo que sucedía entre bastidores mientras aguardaba las comprobaciones de seguridad sentado en la zona reservada junto con otras personas que también se estaban «friendo». Era como la preparación de una obra de teatro, pensó Temis: el guion, el vestuario, la escenografía... Sin embargo, a diferencia del entorno teatral, aquí el futuro de alguien dependía de esa producción entre bambalinas.

Durante la espera, Temis recordó la época en que anhelaba estar en ese puesto, recién llegada al Reino Unido, cuando atendía a una fila interminable de personas en la caja de un restaurante de comida rápida. Apenas conocía la moneda, la cultura, la gente, pero sabía que algún día trabajaría al otro lado de la calle, en el Ministerio del Interior, cuya sede estaba justo enfrente del centro comercial donde trabajaba. Se le aceleraba el corazón cada vez que veía en la fila a un funcionario con esa placa que mostraba el símbolo de la Corona Británica. Cómo le gustaría llevar esa placa algún día y tal vez incluso trabajar en el aeropuerto.






«Temis, antes de que cerremos el restaurante, quiero ver relucientes estos armarios de metal —ordenó el encargado—. No te vayas a casa hasta veas tu cara blanca reflejada en las puertas.»

Siete años después, esas palabras aún le carcomían las entrañas. Sabía que los comienzos nunca eran fáciles para cualquier inmigrante en tierras lejanas. Cuando le comentó a otra empleada que un día ella también llevaría esa placa, su compañera se burló de ella y le recordó que las personas como ellas nunca llegaban a ocupar puestos del gobierno, porque no eran más que inmigrantes. Estos pensamientos la entristecieron por un instante, pero luego recordó que, solo tres años después de aquellos difíciles comienzos, aprobó unas oposiciones a ese mismo Ministerio. Con el tiempo, la convocaron para trabajar allí, al otro lado de la calle, en el edificio que un día fue un oasis en su imaginación.

En su primer día de trabajo en el Ministerio del Interior británico, denominado Home Office, supuso que solo estaba allí para recibir formación. El jefe le pidió que fuera a la oficina de seguridad a tomarse una foto para la placa de identificación. Temis tuvo un sentimiento de ánimo y la certeza de que se había hecho justicia cuando exhibió por primera vez aquel codiciado pase, colgado del cuello. Seguiría trabajando allí, en aquel oasis, durante otros cuatro





años antes de empezar a prestar servicio en el aeropuerto. En aquel nuevo primer día de trabajo, a la hora del almuerzo, cruzó la calle y se dirigió al centro comercial. Pasó por delante de su antiguo lugar de trabajo y en su interior pudo ver que todo seguía igual, con los mismos trabajadores que no creían en su propio potencial y con el mismo gerente despótico. Era como si no hubiera pasado el tiempo.

Temis se sobresaltó al oír el mensaje por el sistema interno de megafonía:

«Oficial Balder, acuda a la sala de control, tiene una llamada».

Temis lanzó una mirada escéptica a Balder. No podía creer que la llamada proviniera del mostrador de información situado en el lado exterior de la terminal.

—Sí, aquí Balder —dijo el oficial—. ¿La novia de Felipe? Ahora mismo vamos.

—Vamos, vamos —dijo Balder a Temis con impaciencia, mientras recogía su cuaderno de interrogatorios y un bolígrafo al que le faltaba la tapa—. Guarda tu sello personal en tu taquilla. No podemos pasar con él por el control de seguridad al otro lado de la terminal.

Después de atravesar los controles de seguridad y bajar por la escalera mecánica hasta el primer piso, llegaron al mostrador de información donde los esperaba una joven.



—Buenos días. Somos de inmigración y nos gustaría saber si esperas a alguien —espetó Balder a la joven que estaba esperando fuera.

—Sí —respondió la chica—. Espero a Felipe, mi novio, que viene a quedarse conmigo en el Reino Unido durante unos seis meses. Yo estoy estudiando aquí, pero él no ha podido conseguir visado. ¿Le ha pasado algo?

—No le ha pasado nada, Felipe está bien —respondió Balder—. Solo quiero hacerte unas preguntas rutinarias —añadió, mirando a Temis y anotando cada detalle en su cuaderno—. ¿Sabe tu novio que estás aquí en el aeropuerto esperándolo?

—Sí —dijo la chica.

—¿Felipe trabaja en Brasil?

—No, está desempleado en este momento, pero su padre le da dinero de vez en cuando.

—¿Y cómo pretende tu novio mantenerse aquí durante seis meses? Quiero decir, seis meses es mucho tiempo.

—Solo viene a hacerme compañía —respondió la chica.

—Muchas gracias por tu ayuda. Nos pondremos en contacto contigo si necesitamos más información.

El rompecabezas empezaba a armarse, pero todavía faltaban muchas piezas. Aun así, Balder parecía no tener dudas sobre cómo terminaría el caso. Se





comportaba como si ya supiera todo lo que había que saber sobre ese joven. «¿Ha sido pura casualidad? Seguramente. ¿Cómo es posible que alguien adivine todo eso simplemente observando a un pasajero a lo lejos?»

Ya de vuelta en la terminal, después de una larga espera en los controles detrás de la tripulación de un avión de Air India, Balder y Temis se dirigieron a la zona de llegada de pasajeros y sacaron a Felipe de la sartén.

—Solo para quedarme tranquila, ¿puedo preguntarle de nuevo qué ha venido a hacer aquí? —preguntó Temis, que aún se resistía a aceptar el veredicto de Balder sobre este joven.

—Pregunta lo que creas necesario, eres la oficial a cargo de este procedimiento —dijo Balder en tono alentador—. Cuando adquieras experiencia en este trabajo, verás que dos o tres preguntas suelen ser suficientes para saber con qué tipo de persona estás tratando.

—Bien —dijo Temis, no muy convencida—. Felipe, por favor, dígame de nuevo el motivo de su visita al Reino Unido.

—Turismo, he venido a quedarme un par de semanas para conocer este país —aseguró el joven.

—¿Tiene billete de vuelta a Brasil? —preguntó Temis.





—Sí—dijo Felipe, sacando un trozo de papel arrugado del bolsillo de los vaqueros.

—¿Y dónde se va a alojar?—preguntó la oficial.

—En un hostel, pero solo pagué la estancia de unas pocas noches—respondió el pasajero tratando de convencer a Temis—. Por si decido irme y alojarme en otro lugar.

—Ya—replicó Balder con incredulidad—. El mismo cuento de siempre. Temis, por favor, explícale a este caballero que queda detenido y que le vamos a confiscar el pasaporte y el equipaje para proseguir las investigaciones. Rellena el formulario IS81⁶ donde se explican las disposiciones legales que confieren estas facultades a los oficiales de inmigración. Pero antes de llevarlo a la sala de detención, dile que tenemos que registrarle el equipaje.

—Felipe, tenemos que comprobar algunas cosas con respecto a su viaje al Reino Unido—explicó la oficial novata—. Para ello, le pediremos que espere en la sala interna donde estará más cómodo y podrá beber y comer algo. Antes de eso, sin embargo, tenemos que recoger su equipaje. ¿Cuántas maletas ha traído?


—Dos.

—¿Dos maletas para unas vacaciones de dos semanas?—preguntó Temis extrañada.

—Sí, no sabía si iba a hacer frío o no, así que por si acaso decidí traer más ropa—explicó Felipe.

⁶ Orden de detención de pasajeros con fines de investigación.





Los dos oficiales acompañaron a Felipe a la sala de recogida de equipaje, donde las suyas eran las únicas maletas que aún circulaban en la cinta transportadora. Los demás pasajeros de su vuelo ya habían pasado por los controles de inmigración y habían recogido el equipaje facturado. Reinaba de nuevo la calma en la terminal, por lo menos hasta la llegada del siguiente vuelo. Sin embargo, Felipe empezaba a mostrar signos de incomodidad por llevar tanto tiempo allí.

Al abrir las maletas, Temis y Balder se sorprendieron de la cantidad de chocolate y regalos envueltos que había en los bolsillos.

—Por razones de seguridad, tendremos que abrir estos paquetes —explicó Temis—. ¿Por qué trae tantos regalos si no conoce a nadie aquí?

—Pues... Es que... bueno... —dijo Felipe confuso—. Puede que vea a una prima mía que vive en Europa —confesó, después de una larga vacilación.

—Ya —dijeron al unísono los oficiales, mirándose.

Después de regresar al segundo piso de la terminal, trasladaron al pasajero a la sala de detención, o como Temis prefería decir, la «sala de espera». Una vez allí, los auxiliares de inmigración le tomarían las huellas dactilares y fotografías. Los datos biométricos se introducirían entonces en una base de datos conectada con los sistemas de inmigración




británicos de todo el mundo. Toda la información relativa a posibles antecedentes adversos en el historial del pasajero, en cualquier puerto de entrada o puesto británico de solicitud de visado en cualquier parte del mundo, estaría allí. Mientras el proceso de identificación seguía su curso, los dos oficiales se preparaban para interrogar al pasajero. Ya habían pasado los detalles de la situación al oficial jefe de inmigración de turno y habían introducido los datos de Felipe en el sistema. También habían preparado un expediente con toda la información recopilada sobre Felipe hasta el momento, desde su llegada, el interrogatorio inicial, los hallazgos en su equipaje y cualquier otra observación pertinente, hasta los detalles de la conversación con María, su novia.

—El procedimiento estándar es que el propio oficial hable directamente en el idioma del pasajero. Esto solo se permite si el oficial, como es tu caso, Temis, tiene la autorización y la cualificación lingüística pertinente reconocida por el departamento de fronteras —explicó Balder—. Sin embargo, a fin de facilitar la conversación entre todas las partes, esta vez contaremos con un intérprete para que no tengas que traducirme todo y tomar notas del caso al mismo tiempo.

—De acuerdo, Balder —dijo Temis.





Llegaron a la sala de interrogatorios en la zona de detención, donde Felipe ya los estaba esperando. Era una sala de tamaño medio. Temis observó que había una máquina de refrescos y otra de aperitivos; también había un teléfono público y un televisor, y, al fondo, tres salas de interrogatorios. En el exterior, había dos guardias de seguridad que, además de vigilar la sala y de prestar asistencia a los pasajeros, registraban las horas de entrada y salida de todas las personas, incluidos los oficiales, y proporcionaban comidas calentadas en el microondas a los detenidos que deseaban almorzar o cenar mientras permanecían en la «sala de espera». Justo al lado había otra sala en la que se guardaba el equipaje de los pasajeros detenidos. Balder pidió a uno de los guardias que abriera la puerta para que Temis pudiera inspeccionar el interior.

—Aquí es como si las maletas estuvieran vivas —dijo Balder bromeando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Temis.

Una algarabía de tonos de llamada de teléfonos móviles les dio la bienvenida en cuanto se abrió la puerta. Con toda probabilidad eran llamadas de parientes, amigos, novios y anfitriones que esperaban fuera y querían saber qué pasaba. A las personas que se ponían en contacto con el servicio de inmi-




gración se les facilitaba el número del teléfono público de la sala de espera, la única vía para poder comunicarse con sus seres queridos. A menudo transcurrían muchas horas antes de que se pudiera establecer ese contacto. Esto ayudaba a la labor de los oficiales, que preferían realizar el interrogatorio formal antes de que los pasajeros hablaran con las personas que los esperaban. La prueba de credibilidad era fundamental para la investigación de los oficiales, que comparaban las respuestas dadas por las distintas partes.

—¿Por qué no se les permite tener el teléfono?
—preguntó Temis con ingenuidad.

—A menos que quieras ver tu cara y tu identidad al descubierto en una transmisión en vivo a través de Facebook o YouTube, no creo que sea buena idea que les dejemos llevar encima un *smartphone* —dijo Balder entre risas—. Solo permitimos llevar teléfonos que no tengan cámara. Se registra a todos los pasajeros detenidos antes de que entren en la sala de espera, no solo para ver si llevan teléfonos, sino también para comprobar que no esconden ningún objeto punzante que pueda usarse como arma contra alguno de nosotros.

—¡Caray! —exclamó Temis—. No se me había pasado por la cabeza esa posibilidad.





También se tomaban otras medidas de precaución como las de atar a la mesa los bolígrafos Bic y quitarles la tapa. Temis comprendió por qué Balder llevaba siempre los bolígrafos sin tapa. Las mesas y las sillas estaban atornilladas al suelo y se habían instalado alarmas y un circuito interno de televisión en el entorno de las salas de interrogatorios para preservar la seguridad de todos. Balder informó a Temis de que, en una ocasión, un pasajero había clavado un bolígrafo a un oficial en la mano.

— Felipe, por favor, acompáñenos a la sala de interrogatorios —ordenó Temis—. ¿Se encuentra bien? ¿Entiende al intérprete?

— Sí —respondió Felipe.

— ¿Cuál es el motivo de su viaje al Reino Unido? —preguntó Temis.

— ¡Se lo he dicho varias veces! —replicó Felipe impaciente.

— Se lo pregunto de nuevo —insistió Temis—. Estamos interrogándolo formalmente. Todo lo que diga aquí quedará registrado en su expediente. Al final del interrogatorio, formularemos una recomendación a nuestro jefe de inmigración sobre si es procedente concederle o denegarle la entrada. Y debo señalar que es delito mentir a un oficial de inmigración. ¿He sido clara?



—Sí —dijo Felipe, ahora más comedido.

—Entonces, como decía, ¿cuál es el motivo de su visita al Reino Unido? —Temis repitió la pregunta.

—Turismo.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —preguntó Temis, mientras anotaba todas las preguntas y respuestas en la ficha del pasajero.

—Dos semanas.

—¿Conoce a alguien que resida en el Reino Unido, ya sea ciudadano británico o de cualquier otro país?

—No, a nadie —dijo—. He venido solo y me alojaré solo.

—¿Y cómo explica los regalos y los chocolates que llevaba en la maleta?

—Como le dije, son para una amiga mía que vive en Europa y que posiblemente venga a verme aquí.

—¿Amiga? —inquirió Temis con incredulidad—. Cuando estábamos registrándole el equipaje, nos dijo que tenía una prima en Europa. ¿En qué quedamos? ¿Es su prima o su amiga?

—La verdad es que es una amiga, pero nos consideramos primos porque nos criamos juntos.

—¿Ha solicitado alguna vez un visado para el Reino Unido o para cualquier otro país?

—No —respondió Felipe enfáticamente.





—¿Está seguro? —insistió Temis—. ¿Me está diciendo categóricamente que NUNCA ha solicitado un visado para el Reino Unido?

Temis empezaba a compartir la opinión de Balder. Una mezcla de sentimientos diversos la abrumó de pronto. Tenía ante sí a un ser humano que era oriundo de su mismo país y que mentía de manera casi convincente. «¿Cómo puede alguien mentir así, con tanto descaro, sin siquiera parpadear y, lo que es peor, sin sentir el más mínimo arrepentimiento?», pensó Temis. Hasta ese momento había supuesto que Felipe acabaría confesando la verdad, que reconocería que había venido a pasar el año con su novia en el Reino Unido como estudiante, pero ahora empezaba a dudar.

—Entonces, en resumen —concluyó Temis—: viene al Reino Unido, es la primera vez que viaja al extranjero, no conoce a nadie en este país, y pretende pasar aquí dos semanas para ver la casa de la reina, el reloj y la calle de los Beatles, ¿es así?

Antes de que Felipe pudiera esbozar otra respuesta inventada, Temis abrió bruscamente el expediente y le mostró una copia de la solicitud de visado que había presentado en Río de Janeiro hacía menos de un mes. También le mostró una copia de su pasaporte anterior, y una copia del visado de María, su novia, que lo estaba esperando fuera.





—¿Y quién es María? —preguntó Temis visiblemente irritada—. ¿Y este pasaporte de aquí? ¿Quién es este, su doble? Y esta solicitud de visado de estudiante con su firma ¿tampoco es suya? Mire, Felipe, lo he defendido desde el principio. Cuando iniciamos el interrogatorio, realmente pensé que iba a decirme la verdad. Me ha decepcionado mucho.


—¡Bravo, Temis! —exclamó Balder con orgullo—. Creo que ya tenemos aquí a la nueva oficial de inmigración de la terminal. Lamento que haya sido un poco duro para ti, pero te encontrarás miles de casos como este.

—No sabía que tenía que decirle que mi novia estaba aquí —explicó Felipe—. Siento no haber dicho la verdad.

—Felipe, lamentablemente tengo que denegarle el permiso de entrada en esta ocasión —concluyó Temis—. Como le expliqué al principio del interrogatorio, mentir a un oficial de inmigración es delito. Además de denegársele la entrada, se le prohibirá visitar el Reino Unido durante los próximos diez años. No se preocupe, notificaremos debidamente a María nuestra decisión. Le facilitaré el número de contacto interno para que pueda comunicarse con usted, si quiere.

—¿Podrá darle a María los regalos que le traje? —preguntó Felipe.





—Lamentablemente, por razones de seguridad, eso no está permitido —explicó Temis—. Haremos los cambios necesarios en su billete de vuelta y regresará a Brasil en el próximo vuelo disponible. Nos pondremos en contacto con usted cuando hayamos hablado con nuestro jefe de inmigración. Si lo ha entendido todo, firme aquí al final de las notas del interrogatorio. Hasta luego.

Temis y Balder salieron de la sala para ocuparse de todo el papeleo de repatriación. Entregaron el acta del interrogatorio al jefe de inmigración y llamaron a la compañía aérea para informar de que un pasajero regresaría a Brasil en el vuelo de esa misma noche. Los pasajeros a los que se denegaba la entrada siempre tenían prioridad. Incluso si el vuelo estaba completo, la compañía tenía la obligación de dejar en tierra a un pasajero con billete para poder acomodar al detenido a bordo. Esto a menudo causaba cierto malestar entre los trabajadores de las aerolíneas y los oficiales de inmigración. Sin embargo, estaban obligados por ley a repatriar al pasajero. Esta era la razón principal por la que las compañías aéreas exigían a los pasajeros que viajaran con billetes de ida y vuelta, a menos que tuvieran un visado de entrada válido para el Reino Unido.

Ya en su vestuario, Temis retiró las insignias del uniforme y las guardó en su taquilla, junto a su sello



personal. Su primer turno llegaba a su fin y, aunque sabía que había cumplido con su deber, no podía dejar de pensar en María, que ahora regresaría sola a casa. Felipe, en cambio, volaba ya de vuelta a Brasil, tras haber conocido tan solo el aeropuerto de Londres, y en su país reanudaría la misma vida de siempre con una sola certeza: pasaría mucho tiempo antes de que pudiera visitar la casa de la reina, el reloj y la calle de los Beatles.





CAPÍTULO 2

Cascada de esmalte




Cientos de pasajeros se agolparon en la terminal. Temis contemplaba con desesperación la muchedumbre que empezaba a formarse, mientras el personal de seguridad corría de un lado a otro y los molestos anuncios intermitentes se mezclaban con el bullicio ensordecedor de la gente que trataba de comunicarse a gritos en diferentes idiomas. Parecía el retrato de una tierra sin ley; no había orden, solo miedo e incertidumbre. ¿Qué implicaciones tendría todo eso para la seguridad del país? La economía no estaría protegida, no habría suficientes empleos para toda la gente que intentaba entrar. ¿Y los servicios públicos? ¡Todos se colapsarían! No habría suficientes camas en los hospitales ni plazas en las escuelas. No habría suficiente policía para contener la violencia desenfrenada que a buen seguro estallaría en las calles. El caos sería inevitable. Sin trabajo, no habría dinero. Sin dinero, nadie podría comprar comida o tener una casa para vivir. En medio del tumulto, la gente acabaría saqueando los supermercados. Las familias dormirían en la calle.

— ¡Mira! ¡Están abriendo las puertas!

— ¡No pueden entrar así! ¡No hay visados para todos! ¡No, no! ¡Balder, Balder, Balder!

La intensa lluvia golpeaba la ventana de la habitación de Temis. Le costaba respirar y estaba envuelta en sudor. Miró al techo mientras acomodaba





la vista a la oscuridad, solo interrumpida por los relámpagos. Al incorporarse en la cama comprendió que todo había sido una pesadilla. Aliviada, trató de mirar la hora. Eran las 2.22 de la madrugada. Desde que había empezado a trabajar en el aeropuerto, Temis se despertaba cada noche a la misma hora. Esos cambios en su ritmo circadiano ¿eran resultado de los turnos de guardia? ¿Tenía insomnio? ¿Había cometido algún error grave en el trabajo?

No, todavía seguía con el mismo mentor. «Balder, el supervisor impecable», recordó. Había observado que siempre iba muy bien arreglado. Era bastante guaperas, como habría dicho su abuela. Olía de maravilla e iba siempre bien afeitado. Medía más de 1,80 m de altura y tenía un cuerpo escultural. Llevaba el uniforme todos los días colgado en una percha, para que no se arrugara de camino al trabajo. Mantenía los zapatos tan lustrosos que parecían siempre nuevos. Su voz era suave, pero sus palabras cortaban como un cuchillo afilado. Empezó a trabajar en el servicio de inmigración poco después de concluir los estudios primarios. Dos décadas después, a los 38 años, era uno de los oficiales más experimentados del aeropuerto. En una ocasión, Temis le preguntó por qué nunca se había presentado candidato para alguna de las vacantes de dirección, ya que tenía tantos conocimientos. El supervisor impecable le



había explicado que le gustaba el trabajo de a pie. No se veía en la caseta de vigilancia supervisando a otros trabajadores, lejos de la acción. No quería dirigir la escena, quería ser el actor principal. Además, le gustaba formar a los nuevos oficiales y necesitaba ampliar el equipo de ratas de inmigración con un perfil como el suyo.

«¿Ya son las 4.00? ¡Cómo puede ser! ¡Si entro a las seis!», pensó Temis preocupada.

Saltó de la cama y, después de una ducha rápida, se dirigió al aeropuerto. Había comprado una casa en Kent un año después de su llegada al Reino Unido, pero estaba a casi 130 km del trabajo y Temis acusaba los primeros signos de cansancio por los desplazamientos diarios en coche. «Habré dormido mal esta noche», pensó Temis, tratando de restar importancia al cansancio. En 1997 había perdido a su mejor amiga en un accidente de tráfico en Río de Janeiro y durante mucho tiempo pensó que nunca sería capaz de conducir. Sin embargo, tan pronto como aprobó las oposiciones a oficial de inmigración, supo que sus días en el transporte público estaban contados. ¿Cómo habría podido hacer todos esos turnos cambiantes si no condujera? Cuando empezó a asistir al curso de formación de oficiales, también se matriculó en la autoescuela. Nunca olvidaría su primera clase con un instructor inglés.





—Temis, aquí está el volante, el embrague, el freno y el acelerador, ¿vale?

«Este tipo me está tomando el pelo», pensó Temis.

—Sí, claro. ¿Y dónde está la llave? —preguntó.

—Aquí.

—Ah, sí. ¿Y por dónde paso la mano para encender este cacharro? ¿Por dentro del volante? ¿Por fuera del volante?

—¿Qué quieres decir, Temis? —preguntó asombrado el instructor—. Sabes muy bien que es por fuera, ¿no?

—¡Sí, claro! —respondió Temis—. Mira, es que solo tengo seis semanas para aprender a conducir. Es cuando termino el período de formación y luego tendré que ir en coche al trabajo.

Recordó que había suspendido el examen práctico en el primer intento y luego había tenido que enfrentarse a las preguntas de los oficiales al volver al trabajo.

—¿Cómo te ha ido, Temis? ¿Has aprobado?

El gesto de Temis fue suficiente para mostrar que el examen no había ido bien. No había conseguido meter la quinta marcha en la carretera. «¡La fastidié!», pensó. Las marchas del coche de autoescuela no entraban bien y el día del examen la palanca había decidido atascarse. Temis llegó a la conclusión de que necesitaba comprarse un coche. Y fue entonces





cuando la situación se volvió aún más surrealista. Llegó al concesionario para comprar un coche nuevo. La vendedora le explicó el procedimiento y Temis eligió el modelo. Quería un coche que fuera económico, así que la vendedora le sugirió que comprara el último Peugeot de la época, el 308. Potente, económico y fiable, era exactamente lo que Temis necesitaba, ya que no le apetecía la idea de quedarse tirada una noche en el arcén de la M25 con un coche averiado. Cuando llegó el momento de firmar el papeleo, la vendedora le pidió el permiso de conducir.


—Ah, sí, claro. Bueno, me dan el carné el mes que viene —dijo Temis.

—¿Qué quiere decir? ¿Lo ha extraviado? —preguntó la vendedora.

—No, no. Nunca he tenido permiso de conducir, pero no importa. El mes que viene aprobaré el examen práctico y me darán el carné.

Se hizo un silencio incómodo. Temis estaba tan segura de que aprobaría el examen que ni siquiera se dio cuenta de la tontería que acababa de decir. Estaba dispuesta a comprarse un coche nuevo sin tener siquiera el permiso de conducir. Había suspendido el examen práctico y no sabía cuántos intentos más iba a necesitar antes de aprobarlo, ni si lo aprobaría alguna vez. Pasaron unos segundos





hasta que la vendedora reaccionó al fin. Probablemente intentaba digerir la absurda situación: vender un coche a una loca que no tenía permiso de conducir.

—Si no le importa, tengo que hablar con mi jefe.

Al cabo de unos minutos volvió y le dijo que no había ningún impedimento, siempre que viniera acompañada de alguien que tuviera permiso de conducir desde hacía más de tres años. Temis respondió que no habría ningún problema y así se zanjó el asunto. En la vida de Temis las cosas sucedían a menudo de esa manera, sin planificación. Simplemente resolvía los problemas a medida que surgían, y no perdía el tiempo pensando en lo que podía salir mal. «Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que podría pasar? —se preguntó—. Si no apruebo el examen la próxima vez, tendré que aguantar al instructor otras tres semanas, además de las burlas de los compañeros.» ¡Tenía que aprobar, sí o sí!

—¿Todo bien, Temis? —preguntó Balder, al verla tomando un café fuera, en la zona de llegadas internacionales del aeropuerto.


—Sí, todo bien, a pesar del sueño apocalíptico que tuve anoche —respondió entre risas—. Pero más vale no recordarlo. Espera un momento, que me estoy terminando el café.



Los dos se dirigieron al «lado aire»⁸ de la terminal después de pasar los controles de seguridad. Al llegar a la pecera tuvieron que firmar el libro de asistencia. En realidad, no se trataba de una firma, sino de un sello que cada oficial estampaba en el libro para dejar constancia de su llegada al trabajo. Era a esa hora cuando algún trabajador incauto recibía invariablemente una reprimenda del jefe de turno, por lo general a las seis de la mañana, cuando el jefe ya había acabado el turno de noche y estaba loco por patear al primer perro que estampara el sello con la fecha equivocada. «He visto a gente poner el año 1008 en vez de 2008 —pensó Temis—. Por aquel entonces, mil años antes, ni Cabral se había propuesto todavía descubrir el paraíso de Brasil y sus abundantes recursos de oro. A veces me pregunto si los tupiniquim habrían dado un mejor destino a la *Terra Brasilis*.» Brasil sufrió una masacre con la invasión de los europeos que devastaron y saquearon el país durante años. Los efectos del látigo perduran hasta el presente. Los indígenas apenas ofrecieron resistencia al hombre blanco que, además de contagiar las enfermedades que traía en sus gigantescos barcos, esclavizó, torturó e impuso su cultura a los pueblos que vivían en aquel territorio. Lo más curioso fue que los portugueses prohibieron la entrada de extranjeros en Brasil durante el período colonial.

⁸ El lado aire de un aeropuerto corresponde a la zona de movimiento de un aeródromo cuyo acceso está controlado





No fue hasta 1808, en vísperas de la independencia de Brasil, cuando se intensificó la afluencia de europeos que llegaban para asentarse. En esa época el país acogió colonos portugueses, españoles, suizos, alemanes, ingleses, italianos y, más tarde, japoneses. La querida patria de Brasil fue amable con sus hijos, naturales o adoptivos, que ansiaban prosperar en el Nuevo Mundo o trabajar en el cultivo de sus inmensos cafetales. Por el contrario, en el siglo XXI se observaba el fenómeno opuesto cuando los brasileños emigraban para emprender una nueva vida en Europa, pues los europeos no estaban tan dispuestos a dar la bienvenida a sus primos sudamericanos que eran el resultado de una mezcla de pueblos indígenas, europeos blancos, africanos y caribeños negros.

—El vuelo de Air France va a tomar tierra. Todo el mundo a sus puestos —alertó el jefe de turno.

—Balder, ¿los jefes siempre están de tan mal humor? —preguntó Temis.

—No, no siempre. La gran mayoría deja a un par de esclavos de guardia en la pecera y se va a dormir al fondo. Los muy astutos se despiertan poco antes de que llegue el turno de las seis de la mañana. El Amo del Calabozo está enfadado porque es uno de los pocos jefes con sentido de la responsabilidad y se mantiene despierto toda la noche. Incluso



interroga a uno o dos pasajeros si se siente con ánimo. Si te aplicas en el trabajo no tendrás que ver su lado malo —advirtió Balder.

Habían empezado a llegar los pasajeros. La mayoría pasaba rápidamente por el control destinado a los europeos, pero unos pocos habían formado una pequeña fila en la zona prevista para los viajeros no comunitarios. Balder anunció que ese puesto ya estaba abierto.

—¡Espera Balder, que aún no he entrado en el sistema! —protestó Temis.

—No te preocupes. Nosotros no esperamos, ¡son ellos los que esperan! —replicó Balder.

En ese momento se les acercó una señora de unos 65 años.

—Buenos días. No hablo inglés—dijo educadamente.


—No se preocupe, señora. Mi supervisora habla portugués —dijo Balder señalando a Temis.

Balder hablaba italiano con fluidez y se defendía en mandarín, por lo que resultaba muy útil como compañero de trabajo. Además de su incuestionable conocimiento y experiencia, era un políglota de primera.

—¿Acabas de ascenderme, Balder? —le preguntó Temis con gesto burlón.

—Todavía no, Temis —respondió Balder—. Digo eso porque tengo el presentimiento de que vas a ser





blanda con esta pasajera debido a su edad. ¿Me equivoco? Pues que sepas que la regla número 1, aquí todo el mundo miente, tiene una segunda parte. Regla número 2: la edad del pasajero no significa nada.

—Me asustas un poco cuando hablas así —dijo Temis, y a continuación, dirigiéndose a la señora, procedió a interpellarla siguiendo el protocolo—: Pasaporte, por favor.

—Sí, aquí tiene. ¿Quiere mi billete de vuelta? —preguntó la señora—. ¿Y mi seguro de viaje? También tengo un seguro de viaje. Mi hija me está esperando fuera. Tengo muchas ganas de ver también a mi nieta, pero a estas horas estará yendo a la escuela con su padre.

—Doña Ángela, solo el pasaporte por ahora, gracias. ¿Cuánto tiempo prevé quedarse en el Reino Unido? —preguntó la oficial.

—Lo dice en el billete, querida —dijo la pasajera.

—¿Pero no sabe cuánto tiempo se va a quedar, más o menos? —insistió Temis, pensando que la respuesta era un poco rara.

—Sí, sí... dos o tres meses... Lo de siempre, hija.

Temis examinó el pasaporte y se percató de que la mujer hacía el mismo viaje cada año, siempre en verano. Durante los últimos cinco años, tenía solo un sello de entrada por cada año que había venido a visitar a su hija.



—¿Viene al Reino Unido todos los años? ¿Quién vive aquí? —preguntó Temis.

—Sí, vengo todos los años para estar con mi hija y su familia. Me quedo unos meses y luego vuelvo a casa.

—Temis, pregúntale si su hija trabaja aquí —sugirió Balder—. Probablemente no, porque tiene una hija en edad escolar. Si es así, me gustaría saber si es el yerno el que paga el billete de avión cada año a su suegra. Tengo curiosidad por saberlo.

—Balder, más respeto con la señora —suplicó Temis—. ¿De verdad crees que a su edad viene aquí a trabajar? —A Temis le sorprendía la desconfianza de Balder.

—Temis, no te desconcentres.

—Doña Ángela, ¿qué hace su hija aquí en Inglaterra? ¿Trabaja? —preguntó Temis al fin.

—No, no. Mi hija es ama de casa. Solo trabaja su marido.

—¡Bingo! —exclamó Balder—. Temis, ¿te crees que una pensionista va a tener dinero para pagarse los vuelos internacionales cada año? ¡Échala inmediatamente a freír!

—¿Cómo? Pero ¿por qué, Balder? —preguntó Temis, sin entender bien lo que pasaba.

—Echemos un vistazo a su equipaje —ordenó Balder.





Los oficiales se dirigieron a la pecera para informar al jefe de lo que había sucedido hasta ese momento y explicarle el motivo de la intervención. Luego acompañaron a la señora a la zona de recogida de equipajes.

—¿Cuántas maletas trae? —preguntó Temis.

—Tres maletas, señorita —respondió la señora un tanto extrañada. Al fin y al cabo, viajaba todos los años y nunca la habían detenido ni había pasado por una situación tan bochornosa.

A Balder le gustaba revisar personalmente las maletas. Mientras registraba la primera, Temis y una auxiliar examinaron la segunda. Temis tuvo dificultades para abrir la maleta que se disponía a inspeccionar porque estaba muy llena, probablemente muy por encima del límite admitido.

—Creo que lo he conseguido —dijo Temis aliviada.

Tan pronto como la oficial abrió la maleta, una cascada de frascos de esmalte de uñas se derramó sobre la mesa y acabó estampándose en el suelo. Temis se quedó atónita y no pudo evitar que esos cientos de frascos cayeran.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —preguntó asombrada.

—Son esmaltes de uñas, hija —respondió la señora, que no sabía dónde meterse.

—Que es esmalte de uñas ya lo veo, doña Ángela





—replicó Temis—. La pregunta es para qué necesita tanto esmalte de uñas en un viaje turístico.

—Me gusta pintarme las uñas —respondió la señora, algo desconcertada.

Temis miró a Balder sin saber cómo interpretar semejante disparate. Balder la miró con la misma expresión que había mostrado cuando fue a buscar al joven que rellenaba su tarjeta de llegada al fondo de la terminal. La mirada de quien descubre al ladrón de la última galleta de chocolate... Algunos frascos de esmalte de uñas se rompieron al caer, pintando un arco iris en el suelo. Los oficiales cerraron las maletas y acompañaron a la señora a la sala de detención. Después de realizar los trámites habituales, la dejaron allí para que descansara, mientras los oficiales examinaban el contenido del equipaje y hacían otras averiguaciones.


—Voy a echar un vistazo en Facebook, ¿qué te parece, Balder? —preguntó Temis.

—Me parece una idea excelente, vas muy bien por ahí —dijo Balder alentadoramente.

Otros compañeros observaban la escena desde la distancia. Algunos se acercaron a tomarles un poco el pelo.

—Temis, ¿qué te está enseñando Balder? No sabía que debíamos impedir que las viejecitas vinieran a ver a sus nietos.





—Balder, mira esto... —dijo Temis, sin dar crédito a lo que acababa de encontrar—. La gente es una caja de sorpresas. Justo cuando menos te lo esperas, cuando te parece imposible equivocarte, descubres algo que lo trastoca todo —comentó, asombrada.

En una página de la red social de la pasajera aparecía el siguiente anuncio:

“Queridas clientes, ¡hola a todas! Ángela está de vuelta en Londres, y esta vez os traigo nuevos lanzamientos con los colores más modernos para unas manos de ensueño. Haz tu pedido en el 07987654321. ¡Tengo ofertas increíbles! Para solicitar más información envíame un correo electrónico”.

—Temis, comprueba si este número es el mismo que nos dejó como contacto para llamar a su hija aquí en Londres —preguntó Balder.


—¡Es el mismo, Balder! —respondió Temis boquiabierta, y añadió en broma—: Balder, cuando sea mayor quiero ser como tú.

Temis empezaba a preguntarse si alguna vez alcanzaría el nivel de Balder. Con él todo parecía tan evidente, tan sencillo... Le aliviaba comprobar que algunas cosas le resultaban menos complicadas a medida que adquiría experiencia en el puesto, pero aún no sabía si llegaría a disfrutar realizando las arduas tareas del día a día, que a veces ponían a prueba sus capacidades. Era difícil predecir si algu-



na vez lograría gestionar aquella energía negativa: la energía de un sueño roto, de una mentira descubierta, del rechazo que sentía el desafortunado pasajero. El dolor de la herida que Temis provocaba, aunque fuera con la ley en la mano, podía alterar para siempre el destino de los pasajeros. No eran solo unos frascos de esmalte de uñas derramado. Eran sueños rotos, mezclados con los colores del arco iris. Su trabajo consistía en decidir si un pasajero iba a tener la oportunidad de mejorar su vida, o si debía regresar al lugar de donde vino. Temis sabía que el control de la inmigración era fundamental para proteger la economía y los servicios públicos de cualquier país, para promover la seguridad nacional, prevenir la delincuencia y la entrada ilegal de mercancías, por mencionar solo algunos de sus objetivos. Las consecuencias de un acto aparentemente tan inocuo como la entrada temporal de una persona sin permiso no se limitaban a los exiguos ingresos que podía obtener en la economía sumergida. Los trabajadores informales ocupaban el puesto de los residentes legales y no pagaban los impuestos que luego revertían en la prestación de servicios públicos. Un aumento de la oferta de mano de obra ilegal llevaría aparejada una reducción salarial inevitable, ya que los consumidores tratarían de pagar el precio más bajo posible por los servicios deman-





dados. Sí, la entrada ilegal de una persona tal vez parecía un hecho insignificante, pero los efectos de ese fenómeno a gran escala eran infinitamente mayores.

—Hola, buenas tardes, soy la oficial Temis, ¿hablo con la señora Amanda?

—Sí, ¿mi madre está bien? —preguntó la hija de la pasajera, que estaba esperando fuera.

—Sí, está bien. Solo quisiéramos hacerle unas preguntas sobre el viaje de su madre al Reino Unido, ¿de acuerdo? —preguntó Temis.

—Sí, por supuesto, pero ¿hay algún problema? ¿Por qué la retienen? —preguntó la hija.

—Por ahora solo pedimos más información —dijo Temis—. ¿Cuánto tiempo se quedará su madre en el Reino Unido?

—Seis meses. Siempre viene y se queda aquí durante ese tiempo y nunca hemos tenido ningún problema.

—¿Quién ha pagado el billete de su madre?

—Se lo compró ella misma, con el dinero de la pensión que cobra en Brasil.

—¿Cuánto cobra cada mes? —preguntó Temis.

—Unos 600 reales al mes, pero nosotros cubrimos sus gastos mientras está aquí.

—¿Usted trabaja? ¿Cuál es su situación en el Reino Unido?



—En este momento no trabajo porque tengo una hija de cinco años y así puedo cuidarla mejor. Estoy casada con un ciudadano de la Unión Europea —respondió la hija.


—Bien, muchas gracias por su ayuda, doña Amanda. Volveremos a contactar con usted si es necesario.

—Pero ¿cuánto tiempo van a retener a mi madre? Estará cansada. Es una anciana y lleva viajando desde ayer.

—Lo sabemos, señora. Su madre está bien, gracias de nuevo —dijo Temis, antes de finalizar la llamada.

—¿Entiendes el problema, Temis? —preguntó Balder—. La pasajera gana poco más de cien libras al mes con su pensión. No es posible que pueda pagarse un billete de avión internacional cada año y aun así sobrevivir en Brasil con esos ingresos. Así que, en este caso, dado que la hija no trabaja, parece razonable llegar a la conclusión de que la pasajera tendría que trabajar aquí para cubrir sus gastos, de lo contrario no podría venir a Londres por un período tan largo cada año. La ley que ampara a los visitantes prohíbe toda actividad laboral, entre otras cosas porque tenemos que proteger nuestra economía —explicó Balder—. Ya sabes cuál será el





desenlace del caso, pero antes de llegar a una conclusión tendremos que interrogarla formalmente.

«La realidad de los inmigrantes económicos es abrumadora —pensó Temis—. En los países desarrollados, por lo general, los jubilados pueden disfrutar de su vejez sin tener que preocuparse por su situación económica, por cómo van a pagar el alquiler, pues lo más probable es que tengan ya una casa en propiedad. No tienen que preocuparse por costear la atención sanitaria, pues el Estado se hace cargo de su salud, ni por cómo pagar la comida y los gastos generales, ya que sus cotizaciones a la seguridad social, detraídas de su salario durante los años de trabajo, serán suficientes para cubrir todo eso. Esta situación ideal dista mucho de la realidad de los países en desarrollo como Brasil.»

—Hola, doña Ángela, estamos aquí para interrogarla formalmente. Vamos a hacerle unas preguntas sobre su visita al Reino Unido. Debo advertirle que es delito mentir a los oficiales de inmigración. Después del interrogatorio pasaremos su caso a nuestro jefe y luego tomaremos una decisión sobre si puede entrar en el país. ¿Se encuentra bien, señora? ¿Entiende al intérprete?

—Sí, entiendo. No sé por qué estoy aquí —dijo la señora.



—Está aquí porque no creemos que sea turista y por eso necesitamos hacerle más preguntas. Para empezar, ¿cuál es el motivo de su viaje al Reino Unido?

—Como ya le he dicho antes a la chica, vengo a visitar a mi hija, mi nieta y mi yerno.

—¿Cuánto tiempo se queda? —preguntó la oficial.

—Eso depende —respondió la señora—. A veces me quedo cuatro, cinco o seis meses, pero nunca me he quedado más de seis meses, porque sé que es el máximo permitido.

—¿Cuál es su situación en Brasil? ¿Trabaja? ¿Está jubilada?

—Estoy jubilada y vivo con mi hijo. Mi marido murió.

—Lo siento. ¿Por qué no ha venido su hijo con usted?

—Porque no puede pagarse el billete. Está desempleado en este momento, ¿sabe? La vida en mi país es muy difícil ahora mismo.

—Pero si es tan difícil, señora, ¿cómo se las arregla usted para comprar un billete cada año? —preguntó Temis.

—Ahorro un poco de dinero por aquí y por allá, y mi hija también me echa una mano.

—Pero su hija nos ha dicho que no trabaja. ¿De dónde saca el dinero para ayudar a su madre?





—No lo sé. Supongo que su marido también contribuye.

—¿Trabaja usted cuando viene al Reino Unido?

—¿Qué cree usted? Si ni siquiera hablo inglés.

—Hemos encontrado una gran cantidad de esmalte de uñas, además de un juego de instrumentos de manicura en su maleta. ¿Por qué trae estos objetos en un viaje turístico?

—Como le he dicho, me gusta hacerme las uñas y también se las hago a mi hija y a sus amigas.

—Hemos encontrado este anuncio en su página de Facebook. ¿Ha escrito usted este *post*? —preguntó Temis, mostrando a la mujer una copia de la página personal que había impreso.

—Sí —confesó la mujer.

—Y sabe que como turista no tiene permiso de trabajo, ¿verdad? Cada año, cuando viene al país, sellamos su pasaporte para autorizarle la entrada en el país en calidad de turista, y este sello dice claramente que mientras esté aquí no puede trabajar ni percibir ningún tipo de prestación. Lamentablemente, tenemos que denegarle la entrada en esta ocasión, señora. Lo sentimos mucho. Avisaremos a su hija de que usted regresará a Brasil en el próximo vuelo.

—Pero... ¿no podré ver a mi nieta?

—Desgraciadamente, no —respondió Temis.





—¿Pero nunca más podré volver? —preguntó la señora.

—Si sus circunstancias cambian, podrá solicitar un visado de turista en Brasil —dijo Temis—. Si lo ha entendido todo, firme aquí al final del acta del interrogatorio.

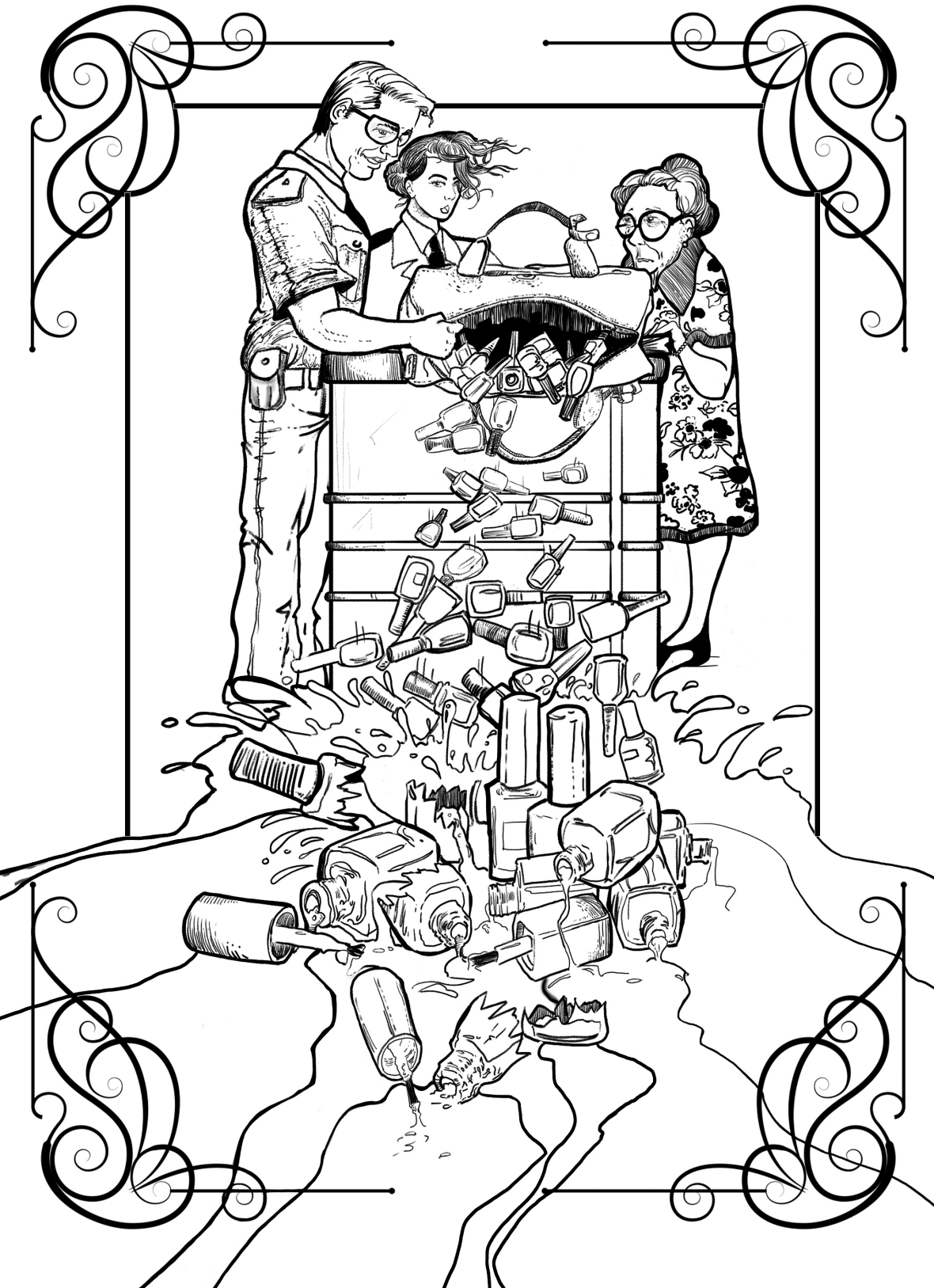
Los oficiales salieron de la zona de detención y se dirigieron a la oficina para organizar la repatriación de otro pasajero. Temis había supuesto que las cosas acabarían siendo más llevaderas en su trabajo, pero esta última denegación de entrada la había entristecido mucho. No dejaba de pensar en el precioso encuentro que acababa de impedir entre la abuela y la nieta. En el abrazo que la señora nunca daría a su hija. No podía dejar de preguntarse qué pasaría si le sucedía algo a la anciana, y aquella acababa siendo la última oportunidad de ver a su familia.

—¡Temis, lo estás haciendo muy bien! —dijo Balder, tratando de animarla—. ¿Ves lo segura que estabas en este interrogatorio? Creo que ya estás preparada para trabajar sola. Tu etapa supervisada termina al final de esta semana.

—Gracias, Balder, pero no puedo dejar de pensar en esa familia —dijo Temis con tristeza.

—Lo sé, Temis, pero nadie dijo que este trabajo fuera fácil. Lamentablemente, alguien tiene que hacerlo... y tú lo estás haciendo muy bien. Pero ahora







date prisa, el vuelo de regreso a Brasil sale dentro de dos horas y tenemos mucho que hacer.

—Vale, tienes razón, Balder.

Temis se apresuró porque no quería perder el siguiente autobús del personal, que la llevaría al aparcamiento. Quería entrar en la M25 antes de que el tráfico se intensificara. Sacó su bolso del armario y corrió a la parada de autobús con Balder. Así llegaba a su fin otro día de trabajo. Era la profesión perfecta para la gente a la que no le gustaba la rutina, pues ningún día era igual al anterior. Los oficiales nunca sabían qué historia les iba a contar el siguiente pasajero, pero tenían que estar preparados para cualquier cosa. Después de todo, como decía Balder, la carga de la prueba de la inocencia recaía en los pasajeros. En el derecho penal, el Estado tiene que probar, sin el menor atisbo de duda, la culpabilidad del acusado. Sin embargo, en el servicio de inmigración, según Balder, todo pasajero mentía hasta que demostrara lo contrario.



